

Atención, distracción, presencia en el espacio-tiempo y deseo. Un análisis de entrevistas sobre el uso de los medios digitales a estudiantes de la Universidad Nacional de Cuyo.

Leopoldo Sebastián Touza.

Cita:

Leopoldo Sebastián Touza (2017). *Atención, distracción, presencia en el espacio-tiempo y deseo. Un análisis de entrevistas sobre el uso de los medios digitales a estudiantes de la Universidad Nacional de Cuyo. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/126>

Título: Atención, distracción, presencia en el espacio-tiempo y deseo. Un análisis de entrevistas a estudiantes de la UNCuyo sobre el uso de los nuevos medios¹

Autor: Sebastián Touza

Eje Temático: Cultura, significación, comunicación

Nombre de mesa: Tecnologías digitales, comunicación y sociedad (Mesa 44)

Institución de pertenencia: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo

E-mail: LSTOUZA@gmail.com

Palabras clave: medios sociales, atención, distracción, deseo

Resumen

Definimos un sentido de la atención como una intensidad de nuestra apertura hacia las cosas, los otros y nosotros mismos, un éxtasis que cabalga sobre la intuición desde la que experimentamos nuestro estar en el mundo. Se distingue de la atención normalizada, cuyos efectos pueden, estandarizarse, postularse como norma que debe regir las conductas, enlazarse a circuitos de verificación que establezcan cuánto se ha esforzado una atención singular con respecto a un patrón. Finalmente, hay una atención que interesa a las “economías de la atención”, medida en los tiempos de conexión durante los que agentes anónimos realizan actividades discernibles online cuyo registro queda guardado en grandes bases de datos. Nuestro punto de partida son entrevistas grupales a estudiantes de la Universidad Nacional de Cuyo, realizadas por estudiantes, sobre el uso de celulares y computadoras. Con la mirada en la atención, describiremos cinco razgos que se destacan en las entrevistas: la estructuración de ritmos vitales por los medios digitales, el olvido del mundo circundante, la pérdida de la capacidad de estar sólo/a, el stress impuesto por el multitasking y la centralidad del problema del deseo para entender la dificultad subjetiva para moderar el uso de medios digitales.

Introducción

Voy a definir un sentido de la atención como una intensidad de nuestra apertura hacia las cosas, los otros y nosotros mismos. En esa apertura hay un éxtasis que cabalga sobre la intuición desde la que experimentamos nuestro estar en el mundo (Tiqqun, 2015, p. 147). La atención como apertura es una experiencia de la inmanencia, un pasaje a un estado molecular que licúa las representaciones molares de nosotros mismos, de los otros y de las cosas a las que atendemos. La atención es ese momento de sensibilidad, de racionalización excesiva, en que todos nuestros poros

1 Este trabajo forma parte del informe final del proyecto de investigación titulado “Modulaciones de la atención y la distracción: el uso de los medios sociales en las prácticas de investigación, docencia y aprendizaje en la Universidad Nacional de Cuyo”, llevado a cabo entre los años 2015 y 2017 dentro del programa La Cátedra Investiga, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo.

se convierten en máquinas de visión. Esta atención supone habitar el acontecimiento, estar en la situación.

Esta atención se distingue de otra que es la atención normalizada, un tipo de atención que es entendida a partir de sus efectos, es decir, de lo que de ella está sujeto a la verificación. Los efectos de esta atención pueden estandarizarse, postularse como norma que debe regir las conductas, enlazarse a circuitos de verificación que establezcan cuánto se ha esforzado, o se está esforzando, una atención particular con respecto a un patrón de atención que sirve de medida. Esta es la atención que, al menos idealmente, se recompensa en el sistema educativo con notas y credenciales; es la que, expresada en competencias, solicitan los gestores de la división técnica del trabajo para nutrir a las ramas de la producción de los cuadros necesarios para sostener los circuitos de reproducción y acumulación. Bajo estas condiciones, quien está atento aprende rápido cómo ajustar sus comportamientos a las maneras en que su atención es medida en referencia a la norma. Si bien esta atención puede dar lugar a una apertura, a un fluir de moléculas, lo que se espera es otra cosa: que produzcan efectos verificables. Es así como quien atiende bajo la vigilancia de las normas aprende, aunque no por una supuesta soberanía de su voluntad, a regular su disposición a abrirse; aprende, en definitiva, a conjurar el acontecimiento de su atender. Esta modalidad moderna de la atención está construida alrededor de un sujeto y un objeto claros y distintos.

La atención es el momento intenso de un encuentro que puede sostenerse en una duración, una repetición del gesto del encuentro que se mantiene en un círculo virtuoso. Hasta que es interrumpida. El encuentro es, entonces, la duración de una presencia íntima entre el/la que encuentra y el/la/lo encontrado. Llamaré *desatención* a esa interrupción y diferenciaré a esta interrupción de otro círculo virtuoso, el de la *distracción*, que se caracteriza por la degradación de la apertura al punto de no producirse, del pasaje a un estado de cerramiento que supone la entrada en otro círculo de repetición en el que ya no hay encuentro, solo copresencia de estados molares, de intensidades muertas, atadas a sí mismas en el eterno retorno de lo mismo.

La atención normalizada prioriza las formas, somete la atención a reglas estrictas. A ellas, es decir, a lo formalizado del conocimiento, somete los flujos de la atención. La regulación de la atención supone marginar ciertos flujos, filtrar ciertos modos del suceder de lo que sucede: aquellos que conducen a obtener buenos resultados, efectos satisfactorios de la atención normalizada. La apertura es regulada, ¿pero hasta qué punto soporta la regulación? ¿No es la desatención producto de esta normalización y de todos los dispositivos que la sostienen? Mientras tanto, el deseo, esa persistencia de nuestra fuerza de existir, insiste. Cuando a su insistencia se le niegan intensidades, busca líneas de fuga.

¿Qué ocurre con esas fugas cuando ha logrado establecerse toda una economía alrededor de la distracción, es decir, la atención de corto alcance, rápida y desenfocada, siempre en huida con respecto a la apertura, y que es capaz de penetrar hasta los detalles más elementales de nuestra cotidianidad gracias al despliegue de un aparato de captura que funciona de manera capilar, capaz de llegar hasta nuestros gestos más microscópicos? Hablo de distracción porque lo que ha dado en llamarse economías de la atención no parece definir algo que pretenda estar sostenido sobre la atención normalizada y sus efectos productivos y biopolíticos. La atención que le interesa a las “economías de la atención” se mide en los tiempos de conexión durante los que agentes anónimos realizan actividades discernibles online cuyo registro queda guardado en grandes bases de datos (Pasquinelli, 2009). No interesa tanto que el sujeto sea identificable, lo que importa es que su conducta permita construir un patrón de previsibilidad que pueda hacer visible la “mano invisible” del mercado. A Facebook le interesa cuánto tiempo paso conectado, cuántos enlaces abro, cuántos “amigos” tengo, cuáles de sus “posteos” comparto, cuántas *fanpages* sigo, pero no le preocupan mi nombre y apellido (este sí puede ser un tema que preocupa a la National Security Agency, pero no vamos a hablar ahora de vigilancia). A Google le interesa que haga búsquedas conectado mi perfil – es así como mide a qué atiendo y cómo lo atiendo – para poder mejorar su aparato de búsquedas y refinar su oferta publicitaria. La atención alrededor de la cual está construida su economía es la que sostiene un agente conectado para realizar determinadas acciones, pero lo que queda en el agente del contenido de esas interacciones carece de importancia. No hay interés, al menos por ahora, en verificar los efectos de su atención a determinados contenidos. Con respecto a las redes, la interrupción de la atención consiste en desconectarse. No es algo que se penalice, pero sí algo que se busca evitar. Para ello hay recursos: excitar la curiosidad de la navegación, encender la ansiedad de ver noticias nuevas, amimar al usuario para que navegue viajes interminables de un link a otro, crear aplicaciones que permitan el cuchicheo escrito de los mensajes, la sucesión indefinida de comentarios de los comentarios (Ippolita, 2012).

Al considerar los sentidos que los entrevistados dan a sus prácticas he tenido en cuenta estos tres tipos de atención. En primer lugar analizo, apoyándome en sus dichos, de qué manera los dispositivos electrónicos regulan los ritmos de la atención en su vida cotidiana. Seguidamente me enfoco en el mundo privado de atención que crean los celulares, tablets y computadoras. El tercer apartado trata sobre la atención a uno mismo y las interferencias que sufre de la esfera electrónica que nos rodea. En el cuarto punto analizo las valorizaciones, en dichos y hechos, que los entrevistados hacen del *multitasking*, es decir, esa capacidad de realizar distintas tareas simultáneamente y con eficiencia. La última sección está dedicada al problema de hasta qué punto

se ejerce libremente la voluntad de atender. O, dicho de otra manera, busco encontrar en los dichos de los entrevistados el nudo que ata la atención al deseo. Realicé el filtrado de las entrevistas para aislar los pasajes que más directamente hablaban sobre atención, distracción y desatención a partir de observar los relatos de los entrevistados sobre las interrupciones de lo que se están haciendo para mirar el celular o lanzarse a navegar en la computadora, la interrupción de la atención a un dispositivo para dársela a otro dispositivo, las quejas por dispersión, falta de foco en alguna actividad y sus consecuencias.

1. Un ciclo interminable

Siempre hubo un modo distraído de habitar la cotidianidad. Por eso la distracción en sí no es nueva, ni moderna, ni es consecuencia de los medios de comunicación. Martin Heidegger describe sus rasgos ontológicos. Las habladurías, la curiosidad y la ambigüedad son formas inmediatas y regulares de la distracción que nos absorben en la impersonalidad del “uno” o el “se”. Sin ánimo de moralizar, Heidegger describe la atención que se moviliza en habladurías o el palabrerío como un enfoque en “lo hablado en cuanto tal” (170), donde la autenticidad de quienes hablan, de lo que comprenden y de los objetos referidos en el discurso está garantizada sólo por su expresión. Esta no es una atención propia de la oralidad, ya que puede propagarse de manera escrita como “escribiduría”. Es la atención hacia lo leído a la ligera, comprensión desarraigada que no mantiene lazos genuinos con el mundo. Puestos en este estado, nuestra atención escapa a las preguntas por los fundamentos de las cosas y, por ello mismo, su despliegue se obstruye. Nadie escapa, de una u otra manera, a esta atención distraída de las habladurías. La curiosidad es una tendencia a la sola percepción, que sólo busca ver, saltando de una cosa en otra, guiándose por lo nuevo. Está en todas partes y en ninguna. La ambigüedad es un estado interpretativo en el que todo parece comprendido, pero en el que no se comprende realmente nada. Vivir en el modo de ser del “uno” o el “se” implica vigilarse los comportamientos unos a otros.

Heidegger volcaba estas ideas en papel a fines de la década de 1920, cuando los medios audiovisuales eran jóvenes, su alcance era limitado y su desarrollo incipiente. El espacio-tiempo para las habladurías, la curiosidad y la ambigüedad coexistía con momentos en que las personas estaban solas ante las cosas y ante sí mismas. O estaban con familiares, amigos o desconocidos en otros ámbitos en los que un encuentro cara a cara podía motivar conversaciones en las que las habladurías quedaban en evidencia, como en esos instantes en los que los silencios compartidos invitan a la reflexión. El trabajador manual podía enfocar su imaginación en otras cosas mientras hacía su labor. El lector, sólo ante el texto impreso en el libro, podía dejarse conmover sin que otros focos de atención estuviesen al acecho. En todos los casos el mundo se extendía hasta donde

llegaban los sentidos, asistidos fundamentalmente por la imprenta, y la lectura era el principal impulso para la imaginación.

Como señala Friedrich Kittler, desde la aparición de los medios técnicos el espacio-tiempo habitado por los seres humanos comienza a transformarse de tal manera que se modifica la situación de la experiencia inmediata. La presencia de la radio y el televisor en hogares, lugares de consumo y de trabajo hizo estallar los límites del espacio-tiempo moderno. La atención al aquí y ahora se disolvió en beneficio de una atención más desarraigada, cuyos focos tienen alcance global y duración indefinida. Del desarrollo de los medios masivos resulta la figura que el colectivo Malgré Tout (1995), denomina el individuo-espectador, que “no se concibe como sumergido en una situación, no es ni obrero, ni mujer, ni inmigrante, ni persona incapacitada: es una conciencia ilusoriamente transhistórica y trans-situacional”. Ante este individuo el mundo se presenta como un conjunto de hechos mediados y distantes “presentados sin una idea de continuidad y sin contextualización histórica o situacional” La esfera de experiencia sensorial directa es reemplazada por “todo aquello que constituye los temas de opinión y que es parte de la comunicación y la sociabilidad cotidianas” que llega desde todo tipo de medios de comunicación.

El teléfono celular y las aplicaciones sociales han pasado a integrarse a sus usuarios a tal punto que se han convertido en los principales reguladores de los vaivenes de la atención. La atención se distribuye entre la actividad que se realiza y la pantalla del celular. Esta pequeña superficie, que mientras haya batería y crédito nunca descansa, se va poblando casi ininterrumpidamente con noticias de nuestros seres queridos, nuestros contactos y el mundo más allá de nosotros, es la constante que acompaña a nuestro cuerpo mientras transita por espacios públicos y privados, en compañía o en soledad. Con notificaciones que modifican de manera instantánea nuestras prioridades – “mundos paralelos” de tweets, “posteos” de Facebook y listas de WhatsApp que nos invitan a permanecer, enlaces que se encadenan unos a otros en sucesiones sin fin movidas por nuestra curiosidad – los teléfonos y las computadoras se esfuerzan por ponerse al timón de nuestra atención.

Efectivamente, gobiernan sobre nosotros por muchas horas al día. Algunos de nuestros entrevistados² (Adriana, Fernando y Juan, todos de 21 años y estudiantes de 4° año de derecho) reconocen que pasan de 2 a 3 horas diarias mirando el celular. Otros, como Candela, de 22, estudiante de 4° año de medicina, no pueden calcularlo porque el celular es inseparable de sus

2 Las entrevistas fueron realizadas por los estudiantes del Seminario de Informática y Sociedad, de la carrera de Comunicación Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, en el mes de mayo de 2016. Las entrevistas a estudiantes de distintas facultades de la UNCuyo fueron semi-estructuradas y grupales. Se realizaron en total veintidos entrevistas. La construcción de categorías de análisis se realizó en conjunto con los demás integrantes del proyecto de investigación.

ritmos cotidianos: “Yo el celular creo que de 24 hs 25, todo el día, todo el día con el teléfono. Me levanto y no sé, lo miro al teléfono, voy al baño, vuelvo miro el teléfono, tomo la leche esto con el teléfono; en clase si me distraigo es por el celular y así”.

Candela siente la necesidad de ver quién escribe cada vez que escucha una notificación de WhatsApp. Una vez que está ante la pantalla se tienta y sigue con otras redes, mira quién dice qué en Facebook o contesta mensajes en los grupos. Y siente la necesidad de hacer esto tanto cuando está sola como cuando, a veces, está con alguien.

La atención normalizada compite con la distracción organizada de la economía de la atención. Se establecen ritmos de atención y distracción. Fernando es uno de los estudiantes que se refiere a estos ciclos de atención en los que el enfoque en la tarea es regulado por las interrupciones para mirar el celular: “muchas veces uno está estudiando y de una hora que está estudiando son quince minutos de darle parejo a leer el libro, agarrar el celular, abrir cada una de las redes sociales, dejarlo, quince minutos y así un ciclo de... interminable”.

A Francisco no le interesa Facebook para interactuar con las personas sino para dejar llevar su curiosidad por producciones multimediales o audiovisuales “que genera la gente ... las memes, boludeces”. Su compañero Mario tiene la misma actitud. Para él, como para otros entrevistados, el medio preferido para perderse en habladurías es WhatsApp. Leandro también prefiere interactuar poco por el celular, pero cuando lo hace le gusta hacerlo bien, como si fuese una conversación, pero virtual. Si mantiene una conversación con otra persona, y están ambos físicamente presentes, las notificaciones marcan sus ritmos de atención a la persona que tiene enfrente, a la que hace un esfuerzo por descuidar lo mínimo posible: “me fijo si tengo alguna notificación o algo importante como un mensaje ‘me estoy muriendo’ o ‘se me está quemando la casa’, o tontear y ver el Facebook, viendo fotos. Sin leer, pero lo voy a seguir escuchando”.

El pulso de la vida ha pasado a estar regulado por el tiempo real (Virilio, 1999) al que nos ha acostumbrado el celular. Por eso, el tiempo recupera toda su espesura cuando el celular no está disponible. Pero si “pasa algo” hay que enterarse en el momento. Para Leandro, la inmediatez funciona como un cordón umbilical que lo mantiene unido a su familia, que reside a 100 km de Mendoza. Necesita estar alerta a las notificaciones. Gracias al celular pudo enterarse de manera casi instantánea cuando murió su abuela. Desde entonces nunca apaga el celular “por si pasa algo”, aunque a veces tenga que sacarle el sonido y la vibración “por respeto a los demás”.

El espacio-tiempo liso, resultado de la disolución de la situación en la conexión permanente, prolonga indefinidamente la jornada laboral. Impone una plusvalía absoluta fuera del lugar de trabajo, pero no por ello con menos controles que el taylorismo cibernético que se aplica en

la oficina, ya que aplicaciones como WhatsApp notifican al emisor de mensajes si su receptor ha leído lo que le envió, lo que popularmente se conoce como “clavar el visto”. A la ansiedad del estar pendiente podría contraponerse al tiempo destinado a relajar la atención, si no fuera porque ese tiempo también es dedicado al teléfono y la computadora. Daniela, también de trabajo social, mira Facebook en su teléfono para relajarse antes de dormirse, ese instante del día tradicionalmente consignado a la lectura. Su compañera Soledad, ha desarrollado el hábito de ocupar su tiempo libre en la aplicación de Facebook de su celular: “cuando tengo un tiempo libre, o son 5 minutos que te pones a ver el Facebook ... Es una cuestión para meterte al Facebook por costumbre”.

Los pasajes de la atención normalizada a su interrupción, de la atención distraída invertida en el palabrerío, la curiosidad y la ambigüedad cotidianas en el entorno físico inmediato a la atención distraída electrónicamente mediada, son tematizados por algunos entrevistados como contrapuntos entre entretenimiento y aburrimiento. A ningún docente que preste atención a sus estudiantes le es ajeno el hecho de verlos pasarse largos minutos mirando el celular durante la clase. Siempre ha habido clases aburridas, materias que se cursan sólo para cumplir los requisitos del plan de estudios de una carrera y estudiantes a quienes primordialmente les interesa la credencial que otorga la universidad. ¿Qué hacíamos antes del celular cuando nos aburríamos en clase? ¿Un esfuerzo por entender? ¿Preguntarle a quien se sienta al lado qué me perdí mientras mi mente volaba (y de paso, tal vez, hablar con ese compañero o compañera por primera vez)? ¿Decir algo para que el profesor mejore la clase? Ahora, cuando la atención flaquea en una clase, está al alcance de la mano la alternativa de hacerla huir de allí. “Yo cuando curso no estoy desconectada, por ahí si me aburro o si la clase ya es cualquier cosa ahí bueno”, dice Soledad. Cuando está entretenida no vé motivo para sumergirse en las redes, “pero si estás estudiando y te cansaste de hacerlo como que mirás el celular”. En algunos casos pareciera que son sólo los problemas técnicos, y sólo eso, lo que impide la fuga de la atención, como observa Daniela cuando dice: “en clase no me conecto mucho porque no anda allá en el BACT (complejo de aulas de la UNCUYO) el Wi-fi”.

Estar divertido o entretenido es estar colmado de lo que Spinoza llama pasiones dichosas. El aburrimiento pareciera surgir cuando los afectos dichosos comienzan a flaquear. Al entristecimiento siguen la desatención y el cambio de foco de atención. Pero no es lo mismo estar entretenido que estar ocupado, y algunos entrevistados intercambian una cosa por la otra. Refieren el estar ocupado a acciones del cuerpo. Darío, estudiante de trabajo social recuerda unos días que pasó con sus amigos en el dique El Carrizal. No tenía señal, pero como se estaba divirtiendo no le daba importancia. Piensa en los momentos en que se olvida de las redes y concluye que “por ahí cuando estás lavando los platos, o cuando te mandan a hacer algo, no sé, estás haciendo otras cosas

y no puedes estar pendiente”. Valeria observa que para ella el momento de no estar pendiente es cuando hace deporte. Su compañera Mercedes, en cambio, se olvida de las redes cuando ve televisión: “soy muy novelera, así que cuando miro la novela ni me dan ganas de mirar el celular”.

La repetición aburre, distrae la atención, cuando se presenta en la presencia física ante amigos, en una clase, ante un libro. Ante tales situaciones el celular está siempre allí listo para actuar como vía de escape. Pero parece que no sucede lo mismo cuando la repetición se produce en el contexto de una espera de que algo ocurra, de que llegue un mensaje que realmente permita el pasaje a otra modalidad de atención. Darío lo expresa de esta manera: “yo no sé cuánto tiempo [está en las redes] pero póneme hasta que salga la primera noticia me pongo a ver hasta que salga esa primera noticia, o sea que veo hasta donde llegué la vez anterior y así todo el tiempo”. El celular activa la curiosidad por lo banal. Ofrece una puerta al deseo de salir de la realidad que nos rodea, desenfocar la atención para enfocarla en un vacío que muchas veces no produce noticias nuevas, pero que nos mantiene con la esperanza de que algo aparecerá. “Claro, si estás aburrida que se yo te pones a hablar o entre grupos pones algo”, dice Soledad. “Te pones a ver los estados de los demás o las fotos que se han puesto”, le responde Daniela.

2. “Te olvidas de las personas que están al lado tuyo”

Cuando nos planteamos el problema de esas personas que concentran a tal punto su atención en el dispositivo que pareciera que se pierden en mundos virtuales paralelos, aplicaciones de chat y enlaces, es necesario que no perdamos de vista que la atención no es un problema que se le plantea a una mente capaz de flotar libremente fuera de su cuerpo. Cuando alguien fija su atención en el celular lo hace en un contexto físico determinado, el entorno de su cuerpo. La mente que atiende está cosida a un cuerpo del que no se separa ni siquiera cuando pareciera estar dislocada con respecto a todo anclaje físico.

Katherine Hayles (1999) advierte contra los riesgos de concebir a la información como un flujo exclusivamente inmaterial. Desde esta perspectiva, rechaza las afirmaciones de la última generación de cibernéticos cuando estos sostienen que los lazos que creamos con las máquinas de información son tan potentes que perdemos la posibilidad de distinguir entre nuestro organismo biológico y los circuitos de información a los que está conectado (35). Hayles considera necesario ocuparse de la tecnología de las interfaces para poder escapar de las poderosas ilusiones que crea. Y, sobre todo, no debe perderse de vista que cada nuevo medio que aparece transforma la totalidad del ambiente que habitamos los seres humanos, es decir, no sólo al usuario sino, además, a todo, todas y todo lo que le rodea.

Esta relación entre el usuario del medio y su entorno fue teorizada por Marshall McLuhan (1996) como un fenómeno al que dio en llamar autoamputación (p. 42). Citando los estudios de dos investigadores en medicina, McLuhan explica que ante situaciones de sobreestimulación sensorial, “el sistema nervioso central actúa para protegerse con una estrategia de amputación o aislamiento del órgano, sentido o función ofensor” (p. 62). La respuesta a la intensificación de la acción, de la aceleración de lo que sucede a nuestro alrededor, es un “entumecimiento o bloqueo de la percepción” que impide incluso que nos reconozcamos a nosotros mismos. Se formaría así un círculo vicioso, ya que la permanencia frente a un dispositivo que nos ofrece entrada al mundo de los juegos de video o a las redes no hace más que aumentar las velocidades y fuentes de estímulos, lo que aumentaría nuestro entumecimiento. Si bien hay referencias al cuerpo y a los órganos sensoriales en esta explicación de McLuhan, su enfoque se refugia en una psicología muy cercana al biologicismo, sin referencias a las relaciones de poder y a las condiciones históricas que las constituyen.

Para adoptar el punto de vista de una ecología de los medios más comprensiva, podemos remitirnos a las discusiones contemporáneas sobre el deseo y el placer impulsadas por autores que abrevan en la tradición spinozista. Laurent Bove (2014) explica que el cuerpo posee una aptitud específica que consiste en unir las afecciones en las que está inmerso. En su esfuerzo por perseverar en su ser, el cuerpo establece, entre las afecciones, uniones y continuidades, es decir, individuaciones. A la potencia del cuerpo para unir afecciones la llama hábito. Pero estas asociaciones individuantes pueden situarse fuera, ser exteriores con respecto al cuerpo. La memoria, como proceso que construye una continuidad entre imágenes actuales e imágenes del pasado asociadas a afectos alegres, se ve obstaculizada. Se bloquea así el proceso de asociación y se pone en marcha un principio de placer, una repetición que no es otra cosa que el esfuerzo del cuerpo por perseverar en la alegría y por eliminar lo que le causa tristeza (Bove 47). Este placer está referido a una carencia que no puede ser satisfecha, como esa sensación de vacío que buscamos colmar cuando navegamos de un enlace a otro, de una aplicación a otra, de un posteo a otro, sin un propósito determinado. Alberga, por ello, una posibilidad de servidumbre y muchas veces supone una alegría parcial ligada a una sola parte del cuerpo. Nos convertimos en siervos del aparato que nos ofrece objetos de deseo móviles, fuentes de placeres efímeros y parciales. El enfoque del deseo en un objeto parcial es causa de un empobrecimiento de la vida (Bove 50). Pero aún una asociación parcial que produce alegría puede poner en funcionamiento una disposición a recordar la alegría, una tendencia a la repetición del placer y un esfuerzo por resistir la disposición a lo que es causa de tristeza. Y huir hacia la burbuja propia puede ser una forma accesible y disponible para resistir a un

entorno que se sume cada vez más en la tristeza si cada uno de nosotros se deja ir por la pantalla para sentirse acompañado por seres físicamente lejanos o por flujos de imágenes que no tienen fin. En la medida en que estamos determinados por cosas externas a nosotros, somos el escenario de una lucha entre las asociaciones que perjudican y las que favorecen nuestro esfuerzo por perseverar en nuestro ser (Bove 51). Puede haber repetición de placeres alienados y asociaciones que impidan nuestra apertura a las verdades profundas de nuestra situación; que impidan, en definitiva, que tengamos encuentros que problematicen nuestra presencia.

Al removerse nuestra atención del espacio-tiempo al que nuestro cuerpo está anclado, se diluye nuestra capacidad de tener encuentros, esos instantes en “que las intensidades se manifiestan entre las formas-de-vida *en presencia* en cada uno”. El encuentro ha sido estudiado en una línea que va de Spinoza a Tiqqun, pasando por Althusser y Deleuze, como algo “más acá de lo social y de la comunicación”. Una disposición a habitar “el territorio que actualiza las potencias de los cuerpos y se actualiza en las diferencias de intensidad que desprenden, que son”. Mientras que puede haber al mismo tiempo encuentro y comunicación con quienes nos rodean, esta última no es condición para que aquel ocurra: “el encuentro se sitúa más acá del lenguaje, más allá de las palabras, en las tierras vírgenes de lo no-dicho, al nivel de una suspensión, de esta potencia del mundo que es también su negación, su ‘poder-no-ser’” El encuentro es el aquí y ahora donde el otro se presenta como un mundo posible (Tiqqun, 2015, p. 166).

La vida a veces pareciera quedar reducida a aquello que interrumpe la relación continua que se tiene con el celular. Con el celular, y con todos aquellos/as con quienes nos comunicamos prioritariamente a través de este aparato, mantenemos una suerte de co-presencia, mientras que estamos ausentes de la situación en la que participa nuestro cuerpo. El foco de atención principal se desplaza a esas redes al alcance de nuestros dedos donde se solazan las habladurías, la curiosidad y el equívoco. Nuestro entorno y quienes lo pueblan pasan a ser un foco secundario, el fondo cambiante que rodea a la también cambiante pantallita del teléfono portátil, sobre cuyos cambios creemos tener cierto control. Maximiliano reconoce que cuando usa WhatsApp o Facebook siente que abandona el contexto físico en el que está presente: “soy yo y el teléfono, la computadora y nada más. El alrededor para mí, ahí no existe”. Damián, un estudiante de ciencia política de 19 años, siente que abandona su entorno. Las conversaciones que escucha a su alrededor se convierten en “un ruido molesto”. Su compañera Analía percibe que “está y no está” y reconoce que necesita “bajar un poco”, sobre todo cuando en su casa le piden que preste atención a quienes le hablan. Leandro hace un esfuerzo por filtrar los mensajes, lo que le obliga a mirar su aparato en medio de una conversación cada vez que escucha una notificación, pero siente que así puede evitar salirse del

entorno inmediato sin dejar de estar atento al mundo detrás del teléfono: “trato de valorar siempre la persona con la que estoy hablando, por más que a veces te interesa más el mensaje que te está llegando. Pero trato de valorar eso, porque estás con la persona, y es una cuestión de respeto”. A la vez es Leandro asegura que se mantiene franco con respecto a lo que ocurre y no demora en desembarazarse de la persona si lo que pasa en el teléfono le interesa más.

Pero ya en esta idea de “valorar la persona” está presente la degradación de la experiencia directa del contacto, del lugar que se habita con el cuerpo, de la presencia. Esto se percibe en la preocupación de Mercedes de que hayamos llegado a naturalizar a tal punto el foco de atención detrás del celular que nuevas reglas de etiqueta comienzan a consolidarse: “se espera que la otra persona termine de usarlo para poder hablarle. Es como que ya nos acostumbramos, o esta normalizado que cuando estas con el celular tenes que esperar que lo termine de usar para hablarle o para charlar”. El otro frente a nosotros es una opción más, que compite por atención con lo representado en la pantalla, una pantalla que ahora nos acompaña a todas partes. Sherry Turkle (1997) hablaba de la vida en la pantalla como una opción cuando la vida real se tornaba insoportable. Hoy, veinte años después, la vida real es una opción más, ya no siempre la principal, a que se asigna un estatus comparable al de la vida en la pantalla. Y en esta competencia, el entorno controlado en el que se corre menos riesgos, donde es posible entretenerse pasivamente, se convierte en objeto de deseo privilegiado. Aunque todavía encontramos testimonios en los que la opción entre la presencia física y la mediada no se ha naturalizado completamente. Valeria, por ejemplo, reconoce que la cansa estar todo el tiempo conectada o no dejar de recibir mensajes y notificaciones: “te olvidas de las personas que están al lado tuyo, eso me satura.”.

Es sintomático que Adriana, una de las entrevistadas, pregunte si esta investigación incluye también las horas que cada uno pasa ante la televisión, ya que ella ve series en su computadora y no sabe si considerar ese uso como algo distinto. Más que en la convergencia tecnológica, esto nos invita a pensar en que para llegar a acostumbrarnos a estar dos horas al día de nuestro tiempo libre con una computadora o un celular fue necesario que antes ocurriera la transformación de nuestras costumbres, el acostumbramiento de nuestros cuerpos, que llevaron a cabo la radio y la televisión. Enfocándonos sólo en los dispositivos, es decir, no en los contenidos, la televisión se ha caracterizado por ser un aparato que, por su peso, dimensiones y necesidad de estar conectado a una antena o cable coaxil, no se puede hacer portátil con facilidad. Como metamedios, los aparatos digitales solucionan ese problema mientras puedan estar conectados, alámbrica o inalámbricamente, pues sirven de vehículos más portátiles para los mismos programas de radio y televisión. Pero, a diferencia del televisor, ante el cual muchos televidentes se sientan en

compañía e incluso sienten cierta propensión a conversar, como por ejemplo cuando se mira un partido de fútbol entre amigos, los nuevos medios se dirigen al individuo aislado, que no habla de lo que está viendo porque lo ve en soledad. O, si el individuo intercambia con otros, lo hace a través de aplicaciones de su computadora o teléfono que utiliza desde la cuenta a la que está “logueado”.

Desde su soledad frente a la interfaz de pantalla, los usuarios de redes sociales pronuncian frases como estas: “es como que siento que está”; “es como que estuvieran todos juntos”; “es como otra realidad”. En la producción de esta sensación de comunidad interviene la imaginación, que completa la idea de la otra persona a partir de la escueta representación que ofrece el parpadeo de su avatar en la pantalla. En un encuentro presencial con otro, lo que sucede ocurre no sólo entre los cuerpos que están uno ante otro, sino también en la imaginación, que es guiada por el hábito y la memoria de los encuentros anteriores. Pero cuando el encuentro no es presencial, la realidad en la que la comunidad surge de las imaginaciones de cada uno, se despega del espacio habitado por el cuerpo. Se encuentran puntos de convergencia, aquellos donde la comunidad existe efímeramente y de manera más o menos simultánea, pero que la imaginación imagina a su modo, desde su memoria, sus hábitos y sus deseos, con independencia del entorno de nuestro cuerpo, que, en ese mismo acto, a veces imaginamos que dejamos de habitar.

La desconexión de la atención llega a hacerse automática: “A mí me pasa mucho con mi vieja que labura mucho con el celular, y por ahí le estoy hablando, y cuando termino de hablar me quedo callado, y veo que sigue como que no me da bola, y sé que no me escuchó un carajo y me pregunta otra vez”, cuenta Mario.

3. Si la soledad puede ser el principio de la atención a uno mismo, ¿qué ocurre cuando se pierde la capacidad de estar sólo o de estar en silencio?

Si estar ausentes de las situaciones en las que estamos físicamente presentes es una consecuencia existencial, para muchos evidente, de las burbujas personales que crean los medios sociales, no quiere por ello decir que esta atención sustraída del entorno sea redirigida a uno mismo. La soledad del individuo encerrado en su dispositivo no puede ser el principio de una ética del cuidado de sí porque el uso habitual de los medios sociales hace también que el estar solos y en silencio nos produzca una sensación de vacío. Y los aparatos están a mano para ayudarnos a imaginar que llenamos ese vacío al usarlos.

Hay soledades en situación y soledades ausentes. Podría decirse que alguien no está completamente solo o sola en la medida en que habita el lugar donde está. Se puede no estar con otras personas alrededor, en el entorno inmediato, y en ese sentido se está solo/a, pero esa soledad no es motivo de angustia si se vive intensamente la relación con lo que nos rodea, si hay una

composición de nuestro cuerpo con las fuerzas que emanan de la situación que nos produce cierto tipo de regocijo. No es lo mismo una experiencia alienada y opresiva del entorno que relacionarse con este desde la expresión y la creación. Hace 25 años Marc Augé (1993) nos llamaba la atención sobre los no-lugares, espacios que no habitábamos, sino que sólo usábamos para circular sin establecer con ellos ningún tipo de compromiso, como los aeropuertos, las autopistas o los shopping malls. La proliferación de dispositivos conectados a distintos tipos de redes ha logrado hacer que esta cualidad de vivir sin habitar llegue hasta los espacios más íntimos. El Comité Invisible (2016), advierte sobre una catástrofe existencial en la que, de tanto sustraernos de lo existente, el mundo nos resulta extraño. Muchos son los remedios a los que se recurre para enfrentar este divorcio con la existencia, desde las fiestas y las drogas hasta la proliferación de las pantallas. Vivimos amputados del mundo. Queremos escapar de la pesadez de su corporalidad, sus calores, sus olores, y lo compensamos huyendo hacia el plano ideal, digitalizado y sin estriaciones que nos ofrece Internet. Así, el teléfono celular, la tablet y la computadora, especialmente si es portátil, se convierten en “la prótesis que barre con cualquier disponibilidad hacia lo que está ahí y me fija en un régimen de semipresencia constante, cómoda, que retiene en sí misma y en todo momento una parte de mi estar ahí” (Comité Invisible, 2016, 26).

La juventud es una etapa de pasaje, en la que se experimenta con nuevos tipos de relaciones, incluyendo la relación con nosotros mismos. Esta relación es particularmente intensa si se experimenta al mismo tiempo que un distanciamiento de la familia por razones de estudio. Leandro relata la angustia que significó para él su primera experiencia de vivir solo. Al principio no conseguía alguien con quien compartir su casa y durante los primeros cuatro meses no tuvo acceso a Internet. Su sentimiento de soledad se le hacía insoportable, pero todo cambió cuando se conectó a Internet. Primero utilizó la conexión para jugar a videojuegos multiusuario. A partir de allí logró formar un gran grupo de amigos a quienes conocía a través de sus intercambios en la pantalla. Una comunidad que se sentía bastante cercana porque con sus miembros no sólo hablaba, sino que tenía actividades en común en el mundo virtual del videojuego. Con algunos de esos amigos se conoció de manera presencial en encuentros ocasionales, pero la mayor parte del intercambio transcurría en la pantalla. Sentía a esos amigos más reales que a los conocidos que tenía en la facultad. Mientras que a estos, como a él, “no les pintaba hacer nada”, con sus amigos de la comunidad de videojuegos sentía que estaba en una comunidad más real.

Los jóvenes ven en la conectividad una solución al problema de la soledad, pero también advierten que la solución que ofrecen los dispositivos digitales es ambigua. Para Rocío el celular sirve como compañía, para distraerse del hecho de estar sola. Analía argumenta que el celular le

ayuda a no focalizar su atención en el sentimiento de soledad, a lo que Alfredo responde: “Claro como que estás solo pero al mismo tiempo utilizando el teléfono y te sentís solo si estas con el teléfono”.

Esta puesta entre paréntesis de la soledad adquiere otro sentido cuando la conectividad significa actualizar en cualquier momento del día el vínculo con la familia. Mientras que hace dos décadas salir de la casa significaba para un joven veinteañero perder por unas horas todo contacto con la familia o los allegados, hasta el próximo encuentro, hoy esa pérdida de contacto, con su carga de riesgo, responsabilidad y autonomía, queda en suspenso si se lleva un celular en el bolsillo, la cartera o la mochila. Yanina mira con mucha frecuencia su celular porque pasa muchas horas al día fuera de la casa en la que vive con sus padres. Necesita saber “si ha pasado algo en mi casa o si alguien necesita algo”. En la familia de Daniela hacen un esfuerzo para que la cena sea un lugar de encuentro y por ello se prohíben mutuamente el uso del celular en la mesa, pero para cuando cada uno sale tienen un grupo en WhatsApp, así pueden seguir comunicados. Si consideramos que esta aplicación notifica al emisor en el momento en que el receptor mira el mensaje, aunque no lo conteste, podemos imaginarnos que la experiencia de soledad de los miembros de una familia conectada mediante un grupo de WhatsApp está marcada por el supuesto de que todos están alertas a las notificaciones.

4. Multitasking, frustración y fuga

Clifford Nass, psicólogo y profesor de Stanford University, relata en el documental *Digital Nation* (2010), de la cadena estadounidense PBS, los resultados sobre una investigación sobre la eficacia del multitasking, la capacidad de hacer varias tareas simultáneamente que generalmente es presentada como una habilidad que es necesario desarrollar para sobrevivir en el mundo actual por los divulgadores de los beneficios de la sociedad de la información, los promotores de la difusión de las nuevas tecnologías en los ámbitos educativos y los teóricos del posfordismo. Nass afirma que la psicología clásica enseña que la mente no puede pensar en más de una cosa al mismo tiempo. Se propone demostrar que el multitasking, presentado en ocasiones como un signo de mayor inteligencia, en realidad “está atontándonos”. Para demostrar que las proezas cognitivas que se atribuyen al multitasking inducido por las computadoras es un mito realiza un experimento en el que varios voluntarios deben prestar atención a distintos tipos de información mientras se los distrae con otras informaciones, a las que también deben atender. Nass comenta que la imagen de sí mismos que tienen los y las “multitaskers” es que su inteligencia es superior. Pero los experimentos demuestran, en cambio, no sólo que nada de lo que hacen lo hacen bien, sino que son personas con mayor tendencia a distraerse y con una capacidad para el razonamiento analítico menos

desarrollada. Insistir en el multitasking como una conducta intelectual que hay que desarrollar, afirma Nass, puede resultar en que las instituciones formen gente “incapaz de pensar bien y con claridad”.

Algunos de nuestros entrevistados muestran actitudes positivas con respecto al multitasking, que describen como una disposición a concentrarse en varios focos de atención simultáneamente o de manera alternativa. No podemos verificar, como hace Nass, la calidad de su atención, por lo que nos limitamos a registrar sus dichos. Por tratarse de gente joven, que no tuvo una experiencia de vida sin computadoras ni celulares, lo que afirman como una buena atención en simultáneo a varias cosas puede ser resultado de no haber llegado a conocer un estado de atención más profundo y de haber naturalizado la situación de estar siempre conectados/as. Esto lo podemos observar, por ejemplo, en Noelia, que afirma: “puedo estar conectada, tomando la leche, hablando con alguien, y puedo estar conectada al mismo tiempo, no me desconcentra”. Otros entrevistados no hablan de su capacidad de atender de manera tan directa, pero sí del uso múltiple y simultáneo que dan a sus aparatos.

Al multitasking laboral, que hace que trabajemos en simultáneo en, por ejemplo, un procesador de textos, una planilla de cálculos, un navegador de internet y un lector de archivos PDF, se agrega lo que podríamos llamar el multitasking vital, que hace posible alternar todas estas tareas con “tareas” de diversión, desde juegos hasta seguir lo que nuestros amigos postean en Facebook, WhatsApp, Twitter, Snapchat o Instagram. Ahora bien, hay que tener en cuenta que estas plataformas de redes sociales son empresas que ganan dinero en la medida en que venden publicidad. Para poder ofrecer más anuncios, o mayor tiempo de exposición a los anuncios, estas plataformas están motorizadas por algoritmos que buscan retenernos en ellas tanto tiempo como sea posible. Esto sucede, por ejemplo, cuando ingresamos a Facebook con el expreso propósito de buscar algo, creyendo que esta acción nos tomará sólo cinco minutos, y media hora después nos damos cuenta de que todavía estamos en Facebook pasando, de manera tan semi-atenta como semi-distraída, de dar “me gusta” a posts de los amigos a abrir notas que otros comparten (y que rara vez leemos hasta el final). Los mecanismos que orientan nuestro deseo se llevan muy bien con estas seguidillas de breves lapsos de atención, tal vez el equivalente, para nuestros ojos puestos en la pantalla y nuestra mano puesta en el mouse, al caminar de un flâneur por una calle céntrica, una feria o un shopping mall, aunque sin la intensidad ni de la capacidad de sorpresa que ofrecen esos lugares físicos.

Varios entrevistados relatan, sin embargo, estrategias que utilizan para evitar el multitasking, especialmente en el momento del estudio. Dejar de leer para enviar un mensaje puede

ocurrir dentro de un contexto en el que el fin es comprender mejor la lectura: “estábamos leyendo un texto y no lo entendemos, entonces nos enviamos un mensaje o audios explicándonos...Me favoreció eso...Aunque bueno también es una distracción”, cuenta Soledad. Aun cuando la conexión tiene se origina en un intento de profundizar la atención en lo que se lee, algo que puede ocurrir, por ejemplo, cuando se busca información en Google o Wikipedia, conduce a una distracción. Y los usuarios sabemos que es el inicio de una cadena: un link conduce a otro, una aplicación a la siguiente, chatear con uno a chatear con otro... 15 minutos después, con un poco de suerte, la atención vuelve a enfocarse en el tema en cuestión. Muchas veces enriquecida y potenciada, otras veces simplemente resignada y forzada a retornar a la tarea que, se sabe, requiere no desenfocar la atención. Beatriz, que estudia ciencias económicas, siente que el tiempo se le escurre de las manos cuando quiere concentrarse en sus materias pero se atreve por un momento a mirar sus redes: “pierdo muchísimo tiempo, o sea sé que si me hubiese puesto las pilas y hubiese aprovechado el tiempo, hubiese podido rendir”.

Para evitar los ciclos de atención y desatención durante el estudio, Juan y Lorena recurren a estrategias para que el celular no los estorbe. José no lo apaga, pero lo aleja. Laura apaga el Wifi, lo pone en silencio y lo deja en otra habitación. Si sabe que lo tiene al lado no puede evitar mirarlo con frecuencia. Fernando, que participa en el diálogo, reflexiona: “a qué hemos llegado, que tenemos que apartarnos de algo para poder, o sea, algo como el celular, que ya lo tenemos que aislar para nosotros poder hacer nuestra vida”. Juan le responde comparando el celular con un chupete. Adriana, en cambio, no puede dejar de tener cerca su celular, entonces recurre a limitar la conectividad. Lorena admite que un cuarto de sus horas de vigilia se las dedica al celular. Alfredo apaga el celular de noche, que es cuando estudia. Pero si tiene que hacer alguna tarea de día y no puede apagar el celular, siente que se perjudica su concentración. Damián, en cambio, alterna lapsos de estudio con lapsos de uso del celular: “me tomo recreos, leo media hora y después estoy media hora con el teléfono o una hora”. Agustín pone su teléfono en modo avión “cosa que no me llegue nada”, dice, sobre todo si tiene que leer algo que requiere mucha concentración. Rocío extiende su estrategia de apagado al uso de la computadora. Trata de no tener muchas ventanas abiertas para no dispersar su atención. Valeria sigue la misma estrategia porque siente que cuando tiene muchas ventanas abiertas pierde el rumbo de lo que está haciendo: “abrís YouTube, abrís la página de la Universidad, y tenes que ir contestando mensajes. Y al final hice el trabajo en 2 horas, y podría haberlo hecho en 40 minutos”. Mercedes sabe que si necesita usar Facebook para enviarle un trabajo a alguien corre el riesgo de deslizarse demasiado lejos de la atención que necesita para hacer su trabajo: “cuando lo abrís ya te distraes y te pones a hacer otras cosas: a contestar mensajes y eso.

Y una vez que vuelves al trabajo ya ni te acordás qué estabas haciendo”. Nahuel también acostumbra a cerrar ventanas: “porque si no tengo siete cosas abiertas y no le doy bola a ninguna”. Otra estrategia, que usan Soledad y Mercedes, es dar rienda suelta a la distracción en redes sociales durante un tiempo antes de comenzar a estudiar para luego apagarlas y dedicarse a la tarea. “Si me voy a poner a estudiar primero chusmeo todo y después empiezo”, dice Soledad. “Porque sé que si empiezo y después me dicen algo me puedo distraer”, agrega Mercedes.

Si bien algunos entrevistados se manifiestan conformes con las posibilidades de multitasking, la evidencia es contundente: la mayoría ha desarrollado distintas formas de fugarse de la conectividad permanente. No sería acertado decir que estas resistencias están dirigidas a las nuevas tecnologías de comunicación e información, ni siquiera a la tecnología en sí. Lo que resisten estos jóvenes es la configuración del tiempo y el espacio que estos aparatos crean. O, tal vez con mayor precisión, podría decirse que lo que se resiste es el ritmo que imponen los aparatos, las velocidades a las que los cuerpos son llamados a ajustarse. Pero estos ritmos no son separables del diseño de los aparatos, que han sido hechos para el multitasking, y también, cada vez más, para la cosecha de datos generados por los usuarios. Son ritmos generados por nuestra participación como productores de lazos de feedback para la gran máquina cibernética que pronostica y proyecta los comportamientos colectivos e individuales.

5. Conclusión: Ni nosotros manejamos a los aparatos ni los aparatos nos manejan a nosotros. Sobre voluntad libre y deseo.

Los entrevistados tienen plena conciencia de la cantidad de horas que pasan usando dispositivos, de que buena parte de ese tiempo es tiempo perdido, “derrochado”; de que la persona que está físicamente enfrente suyo debe tener prioridad; de que los ritmos vitales que impone el tiempo real imprimen estrés sobre los ritmos del cuerpo y la mente. Pero, sin embargo, aún cuando se racionalizan estrategias para poner límites, los aparatos parecen imponerse. Si fuera un problema de falta de toma de conciencia, bastaría enfrentar el problema con advertencias sobre el carácter perjudicial de los dispositivos que aleccionen a los sujetos sobre qué deberían hacer. Restaría esperar que su voluntad actúe en la dirección correcta. Pero estas nociones sobre las que deberían tomar conciencia ya están presentes en ellos. Y sin embargo no actúan. Esto nos habla de que la voluntad no es una dimensión de lo humano sobre la que actuamos libremente. Hay algo que actúa sobre la voluntad más allá de la conciencia. Siguiendo a Spinoza, a este “algo” podemos llamarlo deseo.

No debe confundirse deseo con voluntad. Spinoza afirmaba que “no hay en el alma ninguna voluntad absoluta o libre, sino que el alma es determinada a querer esto o aquello por una

causa, que es también determinada por otra, y esta a su vez por otra, y así hasta el infinito” (Ética II, Prop. XLVIII). Pero esta libertad es ajena al deseo: “no intentamos, queremos, apetecemos ni deseamos algo porque lo juzguemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos” (Ética III, Prop. IX, escolio). El deseo es esa fuerza primera que designa aquello sobre lo que ni siquiera podemos establecer un juicio, hasta tal punto que una cosa pasa a ser tal por el hecho de que la deseamos. Y esto no porque el deseo sea “irracional”, sino porque la cadena de causas que ata el deseo a sus objetos es de una complejidad que nos excede.

Los testimonios apuntan a que se requiere algo más que fuerza de voluntad para dejar de prestar atención a Facebook. Para Leandro Facebook se presenta claramente como una fuerza más allá de su control: “yo todo el tiempo, por reflejo, agarro el celular porque sí. El movimiento de desbloquearlo y entrar a Facebook.

Las redes sociales, y la navegación misma en Internet, participan de un régimen de producción de objetos de deseo que está situado más allá de la conciencia individual desde la que, según imaginamos, opera nuestra voluntad. Una cartografía precisa de este régimen requeriría un trabajo mucho más extenso y específico que el que estamos realizando aquí. Este régimen se compone de al menos dos elementos, que no deberíamos separar de manera muy tajante: uno específico de las tecnologías en uso y otro propio de las fuerzas que configuran a las subjetividades de los jóvenes en este tiempo y lugar. Con respecto al primero deberíamos hablar de la economía política de las plataformas de medios sociales, cuya fuente de plusvalía se ubica en el trabajo gratuito que hacemos para estas plataformas por el sólo hecho de usarlas, sin saber, en la mayoría de los casos, que los datos que generamos tienen un valor económico y que este es canjeado en el mercado (Share Lab, 2016). Si los datos tienen un valor, tendrá prioridad todo aquello que contribuya a que los generemos en mayor cantidad. Podría decirse que este es un principio del diseño de las plataformas de redes sociales, e incluso, cada vez más, de los medios tradicionales (Terranova, 2004). El elemento subjetivo de este régimen, por otra parte, no es ajeno a las consecuencias del hecho de estar inmersos en formas de gobierno de las conductas que pueden globalmente considerarse parte de lo que se conoce como gubernamentalidad neoliberal (Foucault, 2007). Estas incluyen la competencia entre individuos llevada hasta el último confín de la existencia en las sociedades contemporáneas, la correlativa tendencia a sentirnos que somos empresarios de nosotros mismos, hombres-marca y mujeres-marca, que debemos atender cuidadosamente el marketing y el branding de la empresa que creemos que somos. Pero también forman parte de esta subjetividad los quiebres de esta gubernamentalidad, los actos de resistencia, generalmente

frustrados, el desánimo que acarrea esta frustración, el cinismo que resulta de este desánimo y el deseo de agarrarse de aquello que pueda reestablecer en nosotros un sentido de normalidad, o de postergar indefinidamente saldar cuentas con la pregunta “¿qué me está pasando?”.

La dificultad para dejar se racionaliza. Damián reconoce que su teléfono queda fuera de la esfera de su atención sólo cuando maneja o cuando duerme, pero encuentra una explicación: “soy muy tecno dependiente”. O se le atribuyen poderes cuasi-mágicos a la tecnología. Isidro a veces quisiera poder dejar de lado el celular, pero reconoce que “a veces te termina ganando la tecnología. Estás en una juntada y estás charlando con otra gente, que se yo. No me gustaría pero lo hago”. O se reconoce que la voluntad de apagarlo no actúa libremente. Agustín es consciente de que el celular afecta la relación que tiene con otras personas, pero la posibilidad de apagarlo no figura entre sus opciones, entonces negocia y dispersa su atención en lo físico y lo virtual: “sobre todo cuando tengo que concentrarme con quien hablo, con la persona que tengo enfrente y además concentrarme en la persona que estoy chateando o hablando por Whatsapp”. O se invocan superpoderes esotéricos, como Soledad, que no apaga el celular y trata “de hacer control mental”.

La cibernización convierte al hecho de vivir en un trabajo agotador en la medida en que vivir significa estar pendiente de notificaciones y de responder mensajes. La reconfiguración cibernética del espacio tiempo nos hace andar distraídos por los lugares por donde circula nuestro cuerpo y atentos a lo que llega por el celular. A Francisco se le rompió una vez el celular y eso le sirvió para darse cuenta de que no era necesario tener todo el día auriculares puestos ni atender a las notificaciones cada vez que sonaran en el teléfono: “la gente que te escribe algo, y tiene la necesidad de que vos le tenés que contestar al instante y si no le contestás es como que sos una mala persona”.

Valeria también manifiesta la incomodidad que le producen las notificaciones: “la gente cree que si te envía un WhatsApp ahí no más le vas a contestar, y si no contestas se enojan”. WhatsApp viene con una configuración que pone la atención propia bajo la custodia del otro que mira. Esto genera ansiedad, impaciencia, cambio de prioridades, atención hacia el objeto. Cuando el usuario no está a la espera de un mensaje, está a la espera de la notificación de la recepción de su propio mensaje. Se activan la culpa, el sentido de responsabilidad. “Y si les clavas el visto y listo se re enojan...O sea, igual a mí me re molesta que me clave el visto mi mamá; es como que ‘sos mi mamá, no podes clavarme el visto’. Que te ignore tu mamá es fuerte. Pero ponele, mi hermana, tiene desactivados los tics azules, y es como malísimo”, cuenta Valeria tratando de racionalizar la frustración que le produce algo que está más allá de su control.

El encadenamiento de demandas de atención en el espacio hipertextual o hipermedia no es específico del smartphone. Estaba presente ya en la computadora conectada a la red. La sola entrada en un espacio con hipervínculos pareciera someter a la atención a fuerzas que escapan al control de la voluntad. Para Luisa, que estudia diseño, entrar a Wikipedia para buscar información significa empantanarse: “empezás con un artículo y terminas con 80”. Reporta una experiencia similar cuando ingresa a YouTube. Un deseo asociado a una voluntad de saber parece desorientado al verse arrastrado por la resaca del mar de la abundancia de información. Pero si la razón de este encadenamiento de visitas a sitios fuera solamente la abundancia nadie podría salir de allí. Hay algo de nuestra relación con nuestro entorno, a la vez físico e hipermediado, que pareciera impulsarnos a ponernos en el modo de dejarnos llevar por las asociaciones libres que se trazan en los recorridos de navegación en la red.

Catalina, estudiante de ciencias económicas, no entra a Facebook movida por una decisión consciente (“para mí ya no hay un momento fijo”). Ingresa casi sin darse cuenta y luego llega un momento que algo le hace preguntarse que hace allí (“muchas veces me pregunto qué hago en Facebook si estoy haciendo otra cosa. Y lo largo al celular, enojada.”). El deseo de distraerse, de salirse del aquí y ahora, parece superar al esfuerzo por atender. “Me meto al Facebook pero no porque necesite algo sino que tengo ganas de hacer otra cosa”, explica Darío, aunque esa “otra cosa” no esté definida, y tal vez no necesite definición. Esa “otra cosa” es genérica, indefinida; lo que sabemos de ella es que es un no aquí, no ahora, no donde está mi cuerpo. Deshabitar el lugar donde se está. Vivir sin habitar, pero a la espera: “es como que si lo tengo prendido en realidad más que leer estoy esperando a ver qué me va a llegar, y cuando suena lo leo,” dice Daniela. La espera podría leerse como un deseo sin objeto. Se espera que algo pase y que alguien lo notifique. Una espera abandonada al azar, que resigna la construcción de un devenir autónomo.

El enfoque en el deseo desde la perspectiva que surge de Spinoza permite pensar en simultáneo la objetividad y la subjetividad. El deseo no es sino deseo estructurado por armazones institucionales. Como sugiere Lordon (2015), las estructuras están presentes “en el seno mismo de los sujetos pero bajo la forma de disposiciones, de deseos, de creencias y de afectos” (33). Las fuerzas que estructuran el uso de las nuevas tecnologías de comunicación e información están presentes en ellas, pero también en los/as usuarios/, sus modos de vida y sus maneras de relacionarse con los otros. Según Spinoza, el deseo jamás resulta de una voluntad autónoma o de la autodeterminación libre de los individuos. Vivimos librados al azar de los encuentros que nos alegran o nos entristecen. Los seres humanos somos autómatas pasionales. Esta condición de heteronomía radical es rechazada por el pensamiento individualista, para el cual nuestra voluntad es

libre de actuar. Nuestros deseos y afectos son nuestras cadenas. He aquí un mecanismo de alienación: nuestra radical separación de aquello que forma los objetos de nuestros deseos. En la medida en que pudiésemos conocer esta estructura, estaríamos en condiciones de actuar sobre ella, es decir, sobre nosotros. Pero, como aparece con frecuencia en el relato de los entrevistados, es difícil, sino imposible, tomar este camino individualmente, como si fuese posible que olvidasen del mundo que los constituye. El deseo de conectarse se actualiza en la medida en que los ritmos que exigen los celulares y las computadoras provienen de nuestros modos de relacionarnos con los otros, con las cosas y con nosotros mismos. Si realmente quisiésemos recuperar los encuentros, si buscásemos habitar nuestras situaciones y perseguir nuestras propias verdades, deberíamos hacerlo partiendo de prácticas conjuntas, encadenadas entre sí, que se proyecten de manera expansiva más allá de nuestros círculos de relaciones inmediatos, hasta llegar a tener efectos en la misma lógica cibernética del gobierno de los seres en la que estamos inmersos. Esto no significa un regreso a un estado más primitivo, no es necesariamente una actitud ludita; se trata, más bien, de un paso a una mayor autonomía que para ser individual necesita también ser colectiva.

Bibliografía

- Althusser, Louis (2002). “La corriente subterránea del materialismo del encuentro”. En Fernández Liria, P. *Louis Althusser: Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena.
- Augé, Marc (1993). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bove, Laurent (2014). *La estrategia del conatus. Afirmación y resistencia en Spinoza*. Buenos Aires: Cruce Casa Editora.
- Collectif Malgré Tout (1995). “Manifiesto”. Disponible en http://argentina.indymedia.org/news/2004/06/200465_comment.php (último acceso 01/03/2017).
- Comité Invisible (2016). *A nuestros amigos*. Buenos Aires: Hekht.
- Debord, Guy (2003). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- Digital Nation* (2010). Dirigida por Rachel Dretzin, escrita por Rachel Dretzin, Douglas Rushkoff. Transcripción disponible en <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/digitalnation/etc/script.html> (último acceso 01/03/2017).
- Enzensberger, Hans Magnus (1974). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama.

- Fernández Savater, Amador (2015). “Crisis de la presencia. Una lectura de Tiqqun”. *Carne Negra* N° 4, 3 de octubre de 2015.
- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hayles, Katherine (1999). *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature, and Informatics*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- Heidegger, Martin (2003). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
- Ippolita (2012). *En el acuario de Facebook: El resistible ascenso del anarco-capitalismo*. Barcelona: Virus Editorial.
- Kittler, Friedrich. “La historia de los medios de comunicación”. Traducción de “The History of Communication Media”. *CTheory*, Jul. 30, 1996. <http://www.ctheory.net/articles.aspx?id=45>
- Laval, Christian y Pierre Dardot (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lordon, Frédéric (2015). *Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Mackenzie, Adrian (2010). *Wirelessness. Radical Empiricism in Network Cultures*. Cambridge, MA y Londres: MIT Press.
- McLuhan, Marshall (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Pasquinelli, Matteo (2009). “Google’s PageRank Algorithm: A Diagram of the Cognitive Capitalism and the Rentier of the Common Intellect”. En Konrad Becker y Felix Stalder (comp.) *Deep Search: The Politics of Search Beyond Google*. Londres: Transaction Publishers.
- Share Lab (2016). “Immaterial Labour and Data Harvesting”. Disponible en <https://labs.rs/en/facebook-algorithmic-factory-immaterial-labour-and-data-harvesting/>
- Spinoza, Baruch (2007). *Ética*. Madrid: Tecnos.
- Terranova, Tiziana (2004). *Network Cultures: Politics for the Information Age*. London & Ann Arbor: Pluto Press.
- Tiqqun (2015). *La hipótesis cibernética*. Madrid: Acuarela y A. Machado.
- Turkle, Sherry (1997). *Vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Buenos Aires: Paidós.
- Turkle, Sherry (2011). *Alone Together: Why we Expect More from Technology and Less from Each Other*. New York: Basic Books.
- Virilio, Paul (1999). *La bomba informática*. Madrid: Ediciones Cátedra.